

EMILIO **LLEDÓ** IMÁGENES
Y
PALABRAS
Ensayos
de humanidades

COMPENDIOS TAURUS

EL ARTE
Y LA MIRADA

LA TEMPORALIDAD
DE LA ESCRITURA

DE LITERATURA

DE FILOSOFÍA

DE UNIVERSIDAD
Y EDUCACIÓN

ÍNDICE

Prólogo	11
---------------	----

I

El arte y la mirada

1. Sentir que sentimos	19
2. La amistad en este mundo	21
3. El hilo del lienzo	25
4. La voz de las imágenes	35
5. La intimidad real del lenguaje	47
6. La máquina de la ciudad: entre la naturaleza y la técnica	54

II

La temporalidad de la escritura

7. Ortega: la vida y las palabras	73
8. La temporalidad de la escritura y la semántica de la literatura filosófica	89
9. Escritura filosófica y lenguaje científico	108
10. Innatismo: Entre la lingüística y la filosofía	127
11. Palabras e imágenes	137
12. Lenguaje y memoria	156

13. Las palabras en su espejo	169
14. Literatura y crítica filosófica	204
15. Wilhelm von Humboldt y la teoría del lenguaje.....	235

III

De literatura

16. Juan de la Cruz	259
17. Interpretación y teoría en Don Quijote.....	282
18. Don Quijote: el encantamiento del lenguaje	292
19. Lenguaje y mundo literario en <i>El Crítico</i> de Gracián.....	309
20. Consciencia y luz en Jorge Guillén	326

IV

De filosofía

21. Hacia la filosofía	343
22. En el origen de la teoría política (Platón, <i>Leyes</i> , I, 625d-626e) ...	359
23. El modelo filosófico griego al sesgo de la actualidad	369
24. La tradición clásica y su presente.....	391
25. La realidad de la utopía.....	398
26. Razón práctica en la razón pura. Una lectura de la metodología trascendental de Kant.....	418
27. El marco de la belleza y el desierto de la arquitectura. Una glosa a la <i>Crítica del juicio</i> kantiana	437
28. Heidegger y la época trágica de los griegos	454
29. Gaos y su lectura de la filosofía griega.....	472
30. Vigencia de la filosofía.....	483

V

De Universidad y Educación

31. Notas históricas sobre un modelo universitario	509
32. La <i>Misión de la Universidad</i> de Ortega: entre las reformas alemanas y nuestra Universidad	524

33. Hacia una Universidad democrática	544
34. Reflexiones informales sobre nuestra organización universitaria	561
35. La educación permanente	573
36. ¿Distancia en educación?	593
37. La enseñanza a distancia en la educación permanente. (Notas para una teoría)	600
38. <i>Noticia del Maestro Immanuel Kant sobre la organización de sus clases en el semestre de invierno de 1765-1766</i>	612

PRÓLOGO

I

Es tiempo la materia de la escritura. Tiempo e historia. Lo que decimos se enhebra con palabras que encauzan el pensamiento, e incluso producen el torrente interior que fluye por ese cauce. Una lengua que preexiste a todo aquel que la utiliza y que oculta entre sus infinitas, posibles, expresiones, la memoria de los que la hablaron y escribieron antes que nosotros. Lengua materna la llamamos porque nos da cobijo. Lengua madre que nos engendra en el pensamiento y hace que nos reconozcamos en él. Pero junto a esa memoria colectiva en la que todos nos hallamos aparece pronto, en cada individuo, el aliento de una lengua matriz, una lengua personal, única, que modula y habla en el seno de la lengua materna que la sostiene. No importa que las palabras de cada hablante o escritor formen un espacio común en el que se cobijan millones de usuarios para enlazarse y entenderse. En el inmenso territorio de la lengua de todos, surge siempre el habla de cada uno, el aliento individual que vivifica y marca, indeleblemente, ese aire semántico que nos hace seres humanos.

La singularización del lenguaje tiene lugar en cada individuo porque, en el proceso de aprendizaje de esa lengua, somos continuamente influidos por toda una serie de circunstancias que determinan, limitan e ilustran el fondo de lo que, con una cierta imprecisión, se llama intimidad. Por eso nos distinguimos; por eso ideologizamos nuestra visión del mundo, por eso nos oponemos o coincidimos. En el ámbito de cada memoria, se despliega también una historia personal que marca nuestros gustos, nuestras elecciones y nuestros rechazos. Tal vez no somos responsables,

totalmente, de esa máscara interior que nos individualiza y que, en muchos momentos, nos domina. Pero, de todas formas, ese rostro único señala la imprecisa frontera donde late lo que ya somos y lo que todavía quisiéramos ser. El resultado de estas tensiones se manifiesta en todo lo que hacemos y, por supuesto, en buena parte de lo que escribimos.

En esas «obras» se aprecia algo de lo que anuda el hilo de nuestra existencia. Cada página escrita intenta decir algo de lo *otro*, que es, hasta cierto punto, decir algo de nosotros mismos. Es verdad que lo que a veces escribimos obedece a propuestas ajenas; sobre todo esos escritos breves que fueron fruto de ocasiones diversas para las que fuimos, casualmente, requeridos. Pero al aceptarlos hicimos nuestras esas propuestas y las alentamos al aire de nuestra propia voz. Otras veces, en el variado espacio intelectual que puede ofrecerse a la mirada, hay temas que nos incitan o apasionan, obsesiones que nos mueven y ponen a prueba nuestra energía, o sea, esa capacidad de proyectar y realizar nuestro murmullo interior. Y por supuesto, en el campo de la cultura que identificamos y asimilamos, procuramos dejar también aquellas semillas cuyo fruto quizá no alcanzaremos a ver madurar. Unas semillas que son, efectivamente, las palabras que singularizan el idioma único de la intimidad.

II

Los ensayos aquí reunidos son un pequeño testimonio de esas «obras» que, como decía el Filósofo, dejan ver la *enérgeia* de nuestro ser. Son, pues, testimonio de una breve historia de amores y predilecciones en las que habla, o quizá balbucea, la persona de un autor y, en ella, manifiesta los rasgos que la marcan y delimitan. Pero, con todo, los escritos que aquí se recogen vuelven a dibujar el perfil de una historia en la que ese autor no tiene más remedio que reconocerse. Un reconocimiento lleno siempre de nostalgia y con un inevitable punto de frustración. Nostalgia porque esas obras indican y señalizan buena parte del camino recorrido, y que jamás nos volverá a esperar. Y frustración porque se nos podía haber presentado de otra manera, podía haber dado mejores frutos, haber aspirado a otros horizontes. Y sin embargo, en todo producto de escritura que obedece a una clara e inequívoca presión del presente, fluye siempre la vida y se aprecian en él las señales de esa memoria singular, que se universaliza en la intención de lo que quisiéramos decir.

Es cierto que la voluntad comunicativa no es plenamente consciente, y que lo que queremos decir es, en muchos casos, un impreciso conglo-

merado de tensiones entre las que el *logos*, la racionalidad, la luz, lucha siempre por expresarse. En un famoso poema de Brecht, se dice que por lo único que querría ser recordado es «por haber hecho algunas propuestas». Propuestas que reclaman, continuamente, su realización. Con ello dejamos testimonio de ese asombroso curso de los acontecimientos mentales que irrumpen en el presente para iniciar la historia de una siempre nueva e imprevisible recepción.

Los temas que abordan estos ensayos indican algunos de los dominios en los que han dado sus frutos las llamadas «humanidades». Estos supuestos saberes no son otros que aquellos capaces de fecundar y dar vida a la existencia humana: proyectos de futuro en los que se recogen experiencias que, verdaderamente, pueden iluminarlo. Por eso algunas de estas páginas aparecen bajo un epígrafe donde encontramos el *arte y la mirada*. Los ojos, en nuestro tiempo, se han convertido en algo prioritario y delicado. Aristóteles había escrito, al comienzo de la *Metafísica*, que de todos los sentidos es el de la vista el que más gozo y alegría nos produce, porque nos hace conocer más y nos abre a un mundo infinito de matices. Claro que cuando se manifestaban estas opiniones el mundo se ofrecía sólo como apariencia de lo real. A esas apariencias llamaron los griegos *phainómena*. Esta palabra hundía sus raíces en un campo de significación relacionado con la luz y la mirada. Las *apariencias* sólo se hacían presentes bajo la luz del sol. La presencia de los fenómenos estaba, sin embargo, condicionada, además, a otra forma de iluminación que ya no venía de los astros, sino de aquel ante quien el fenómeno se presentaba. Por eso, las apariencias tenían que ser «salvadas», como formuló, siglos después, un agudo comentarista del Filósofo. «Salvar las apariencias» fue, entre otras cosas, una certera glosa para interpretarlas, comunicarlas, humanizarlas. La mirada arranca, pues, la urgencia de una interpretación, de una lectura que inserta lo visto en el horizonte de significaciones y experiencias que constituyen el vivir.

Resultado de dos iluminaciones, los fenómenos, las apariencias sólo lo son si, además de la luz que en sí misma arrastran, incorporan la otra, la misteriosa luz que los ojos humanos ponen en el mundo, en sus imágenes y palabras. Para mirar, para ver, necesitamos antes *ser*, ser personas, tener viva memoria, construir en nuestra mirada la inconfundible perspectiva que nos humaniza. Por eso saber mirar y saber interpretar ensayan un camino de futuro que guía y orienta algo mucho más importante que la propia realización. La mirada de los seres humanos expresa la capacidad para iluminar, desde la subjetividad, el borrasco mundo de fenómenos sin sustancia y sin memoria que nos acosa. Todo es, pues, un

problema de *Paideia*, de educación que nos hace o nos debería hacer más inteligentes, más libres, más «personales» y, por ello mismo, más solidarios.

Con la *temporalidad de la escritura*, se esboza otro dominio de preocupaciones en donde la palabra escrita, la tradición de las letras, se nos aparece como una jugosa solidificación de la memoria, como un territorio al que, aunque pasado, siempre podemos, por el sutil hilo de la escritura, regresar. A través del ancho sendero de lo escrito late aún la presencia del tiempo que, de otra manera, habría ya desaparecido. Poder leer es poder revivir. Un caudaloso río de noticias, de ideas y sentimientos se encauza y mueve por la tradición escrita y dentro de él nos inspiramos y enriquecemos. La efímera y clausurada existencia individual estalla hacia otras fronteras, y se inmortaliza en esa corriente de solidaridad y diálogo. El río de la escritura no es, sin embargo, como el del lenguaje, un indiferenciado seno materno en el que se sustentan los miembros de una comunidad lingüística. La escritura es, sobre todo, lengua matriz, voz individual, palabra personal. Incluso los anónimos poemas en los que se inició la literatura se han hecho palabra desde impulsos concretos que medían los inconfundibles sonidos de un aire, de una luz. Más tarde, la literatura tuvo ya nombre y autores. Un inmenso museo de las letras donde sus artífices las utilizaron para decirnos quiénes eran y qué era ver el mundo por los siempre abiertos ojos de sus palabras. Miradas también concretas, visiones singulares, se hacen presentes en algunos de esos autores, de esos *escritos*, con los que se ensaya el diálogo, en estas páginas.

Desde la orilla de las letras, atisbamos también el *lenguaje filosófico*, ese descubrimiento de la reflexión que fluye pronto como tradición, pero que sólo fecunda al pensamiento cuando se deja reflejar en la experiencia que cada presente alienta. Los problemas del hombre se ven, así, como parte del ser del universo que jamás podremos dejar de extrañar, de interpretar y de decir. Los ensayos que se ofrecen bajo el epígrafe de Filosofía llevan, pues, en el fondo dos instancias fundamentales: la que expresa los límites de una especial forma de lenguaje, y la que señala los condicionamientos realísimos que han hecho de ella una inagotable fuente de progreso. Una fuente que, en su lámina especulativa, en el abstracto engranaje donde aparece, sirve para mover la inmediata y nada abstracta existencia.

Por último y casi como apéndice, se agrupan algunos trabajos sobre un tema obsesivo ya del autor: *la educación*. Es verdad que los problemas que en esta parte se plantean surgen sesgados, en su mayoría, por la época en la que se publicaron y por la perspectiva profesional de quien ha vivido estas cuestiones desde una peculiar estructura universitaria. Sin embargo, este sesgo no ha desfigurado, para nada, el universal horizonte que da sentido a cualquier empeño por ampliar y fomentar el saber, bajo la luz de una *cultura moral*.

En estos ensayos se ha plasmado una mirada, una lengua matriz inserta en una historia personal y en unas circunstancias muy concretas. El arte, la filosofía, las letras, la educación que aquí se vislumbran, irradian de esos grandes espacios teóricos que siguen ilustrando la idealidad del existir: la Verdad, el Bien, la Belleza. No hay mucho más en el denso entramado de la vida. La fuerza de estos conceptos continúa empujándonos. Pero, de todas formas, hay que mantener encendida, junto a ellos, la antorcha de la curiosidad, la crítica y la reflexión. No importa que el fuego sea pequeño, que carezca de pedestal, de faro. Vale ya un tenue resplandor. Apenas un vislumbre; pero que no se apague.

Heidelberg, 11 de febrero de 1998